como un condenado al infierno del Dante, hasta sentir el último desfallecimiento, la postrera caída y en una suprema crispación, cojerse á un manojo de ramas para quedar allí, siniestramente inmóvil, mientras las olas, negras, frías, despiadadas, continúan pasando sobre aquel cadáver que sigue asido al ramage, como si aquel postrer esfuerzo hubiera sido la cristalización de un oceano de angustia.

Esto es sencillamente espantoso. A alguien á quien lo contamos, lo rechazaba; según él, era demasiado horrible para ser cierto.

Pero allí está ese cadáver, ese harapo humano herido y mutilado, atestiguando con sus manos crispadas asidas á la hierba, que pueden ser ciertas y reales las fantásticas historias de Edgar Pöe, el narrador de los grandes horrores.

UN MARTIR.

En presencia de los grandes peligros se desarrollan las grandes abnegaciones. De los grandes dolores surgen los héroes; los mártires se hacen en las grandes catástrofes.

¿Qué otro nombre merece la acción que vamas á referir? La muerte aceptada voluntaria-

mente, por abnegación y por altruismo; la vida propia sacrificada en aras de la ajena, es siempre un martirio.

Había en la Calle de Cantarranas, en la fila de casas de la acera derecha, un humilde taller de platería que era á la vez habitación de una familia.

Todos pudimos ver mas de una vez allí, un viejecito inclinado sobre una mesa de trabajo, puliendo laboriosamente el trozo de metal y ganando el sustento de los suyos: una esposa y dos chiquitinas.

Llegó el día de las lágrimas. Las casas de esa calle, una de las mas bajas de la ciudad, eran conmovidas por dos partes; por la de fuera, en que la azotaba el torrente que venía del Hinojo y por la del río, que minaba á golpes brutales sus cimientos. A esa doble acción destructora se debe que esa calle no sea hoy mas que una doble fila de ruinas. Probablemente el agua debe haber sorprendido al anciano platero trabajando, y solo se apercibió del peligro cuando este era inminente. El interior de la casucha debe haber sido teatro de la lucha de las dos corrientes; la del río que pugnaba por salir á la calle y la de la calle que pretendía recobrar su cauce natural.

En medio de aquella lucha titánica, en que

las olas llenaban la casa conmoviendo su débiles cimientos, el anciano no tuvo mas que una idea: salvar á los suyos.

Con valor aumentado por la desesperación, logró hacer salir á su esposa y dejarla en salvo. Volvió por sus pequeñas y luchando á brazo partido con la muerte, mientras el agua ascendía mas y más amenazadora, llegó, entró y con una de sus hijas en los brazos, emprendió de nuevo el camino terrible. ¡Cuán fuerte es el cariño de padre! Logró salvarla.

Con el corazón rebosante de angustia, volvió una vez más á trabar su heroico duelo con las aguas. Su casa empezaba á crugir; las vigas desgajadas iban á desplomarse, ¡pero qué importaba! Dentro estaba su hija y era preciso entrar.

Entró. No sabemos que esfuerzos supremos harían sus seniles y cansados músculos; no nos imaginamos los detalles de esta postrera lucha. Salió con su hijita en los brazos .....apenas tuvo tiempo de salvarla .....en seguida, entre el polvo del desplome y la espuma encrespada del torbellino, el heroico anciano desapareció.

Bajó el agua. Pasaron varios días y un grupo de obreros que trabajaban en la parte destruida de la casa Furness, en el Jardín de la Unión, eucontraron un cadáver de anciano, completamente desnudo, con los labios fuerte-

mente cerrados y con una expresión de angustia inmensa impresa en su varonil fisonomía. Nosotros vimos colocar aquel cadáver en la camilla que lo condujo al anfiteatro. Allí, en la losa de mármol, al lado de otros muchos cuerpos desfigurados, fué identificado por sus deudos; era Tranquilino Zepeda, el platero mártir de la calle de Cantarranas.

.....

En los días siguientes á la catástrofe, cuando escaseaban los alimentos en la ciudad, vimos un grupo de dos niñitas pobremente vestidas, que se acercaron á un puesto de pan al aire libre de los que se instalaban en el Baratillo. Compraron dos piezas y allí mismo empezaron á comerlas con la despreocupación de la inocencia. Despues se alejaron, apoyándose la mas grande en el hombro de la pequeñita.

Aquel grupo de dos debilidades que se apoyan una en otra, confiada y cariñosamente nos conmovió.

—¿Quienes son? Preguntamos á un amigo y nos respondió:

—Son las *huerfanitas* del platero de Cantarranas.

Epílogo de este episodio. Una acción heroica olvidada; un anciano, jefe de casa, que se

hunde en las olas furiosas y una mujer y dos niñas—tres seres débiles—que desaparecen en la marea social.

TERRIBLE ARIETE

Es dificilmente imaginable la terrible fuerza impulsiva de la corriente que barrió la ciudad el dia 1º de Julio. Los calificativos de "torrente desbordado," "ola arrolladora" y otros con que la designan repórters y cronistas, no dá una idea completa de ella.

Figuraos muchos torrentes descendiendo de montañas casi verticales. Unidlos. Lanzad el conjunto por una pendiente (la de la ciudad) y encajonalda en estrechos muros (las paredes de las casas.) Imaginaos ese torrente, negro, mugiente, matizado por todos los colores, manchado por todos los fangos. Suponedlo rápido, vertiginoso, cruel, implacable. Encuentra un obstáculo: lo barre. Si es un tranvía, lo pone á flote, lo arrebata, lo golpea y lo destroza: si es un carruaje, lo levanta, lo hace girar y lo aniquila. Es una casa; la golpea con su melena de espumas, la hace temblar en sus cimientos y después .... una polvareda, un estampido y muebles, vigas y quizá también cadáveres, ro-

dando confusamente en las aguas. Es, por último, todo un barrio; extiende sobre él sus olas, como una linea de combate, lo abraza, derriba una fila de casas, luego la otra, por fin todas. Suponed todo esto, pero entre estrépito, estertores y mugidos. Imaginaos, lo anterior, pero entre gritos, llanto, oraciones, relámpagos, y campanillas consagradas. Figuráoslo todo, pero bajo un cielo de plomo que chorrea continuamente torrentes de agua. Así, omnipotente; destructor, pavoroso, era el "torrente desbordado" de que tanto se ocuparon repórters y cronistas.

Los observadores que recorren nuestras calles, á veces se paran delante de un paderón á medio derruir que fué una casa. ¿Porqué se caería? piensan; ese edificio estaba bien construido, no forma ángulo en la calle, no estuvo expuesto al choque directo del torrente. Todo ello es verdad, pero la corriente tenía sus *auxiliares*, sus soldados voluntarios que esparcían la destrucción lateralmente, mientras el agua barría el obstáculo directo. Vigas flotantes, pesados objetos, gualdras gigantescas, bailando locamente entre el agua, chocando con las casas como poderosos proyectiles. Figuraos un ariete formado por una gualdra de 6 metros de longitud por uno de espesor. Balanceadlo con fuerza sobrehumana y luego, despedido hacia

adelante, hacedlo que choque contra un muro, ¿Resistiria?

En la calle de Alonso un tranvía fué llevado por la corriente como débil pluma. El arroyo que bajaba por el callejón de la Estrella, procedente de la Calzada de Guadalupe, contrabalanceó un momento la impetuosidad de la corriente y detuvo el tranvía. Este se inmovilizó, después empezó á girar, sin saber á qué fuerza obedecer. Durante un momento se balanceó indeciso. Súbitamente, como flecha despedida por un arco monstruoso, obedeció al impulso mayor y se lanzó adelante, chocó con el Laboratorio de Ensaye del Ingeniero Luis Göerne y con gran estruendo, todo el edificio se desplomó.

En la Calzada de Belem, el agua, terriblemente poderosa, desempedró un gran tramo de la calle, practicó un profundo hoyancón de muchos metros y haciendo en un minuto el trabajo de cien hombres, se precipitó al río como una catarata.

Nos dicen que en un edificio del Gobierno el agua arrancó un pesadísimo barandal de hierro, y con violencia tal lo lanzó á lo alto, que la perilla se incrustó en la bóveda de piedra y de este modo quedó el barandal suspendido del

techo, siendo necesario el esfuerzo reunido de muchos hombres para arrancarlo de allí y volverlo á su sitio.

En la Plazuela del Baratillo en un minuto acumuló tal montón de fango, que casi la llenó por entero, tapando casi una elevada fuente que en esa Plaza se encuentra.

Hizo saltar como "ridículos tapones de champagne" (segun frase de un periódico local) las piedras de las bóvedas del saneamiento.

Al bajar las aguas en todas las esquinas había montones de madera y escombros, formando en algunos sitios grandes barricadas.

Un detalle curioso. El agua dejó intacto el árbol plantado por el General Díaz en el Jardín de la Unión durante las fiestas presidenciales. En el mismo sitio arrancó los postes de hierro del alumbrado público, las bancas, el barandal del templo de San Diego y otros objetos infinitamente más fuertes que el débil arbusto.

Una coincidencia. La misma gran gualdra arrebatada por el agua á la «Rueda de la Fortuna,» en la Presa de la Olla, fué la que primero sirvió de instrumento providencial á la salvación del Sr. Granados y en seguida derribó la casa del Licenciado Víctor José Lizardi. Hay gualdras que se parecen á ciertos hombres. no pueden hacer dos buenas acciones seguidas.

Como resúmen de todo lo anterior podemos

decir que lo que el agua deshizo en el espacio de tres cuartos de hora, los hombres no lo repondrán sino en muchos años de asiduo y penoso trabajo.

UNA HORA EN EL ABISMO.

(Impresiones de un hombre que vió la muerte muy de cerca.)

En los días siguientes á la inundación, cuando circulaba por la ciudad la relación de los episodios de que cada cual fué actor y espectador, hasta nuestros oídos llegó la noticia de la terrible aventura ocurrida al Sr. Rafael Jiménez, conductor de tranvías en esta ciudad. Como las versiones eran sospechosas, preferimos acudir al mismo Jiménez, quien nos refirió lo siguiente:

"Como Ud. sabe (habla Jiménez) soy conductor de tranvías y sirvo en la línea de la Unión á Pastita. El día de la inundación salí á comer, para lo cual se nos dá una hora. Me encontré con varios amigos, con los que estuve platicando, y cuando ví el reloj comprendí que no tenía tiempo para ir hasta mi casa, por lo

que resolví comer en una fondita cercana al Baratillo, donde ya lo había hecho otras veces. En efecto, fuí; comí de prisa algunos platillos y luego, faltando todavía algo de tiempo para volver á mi trabajo, me recosté encima de la mesa y sin saber cómo, me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo pasó. Desperté al tener una sensación de frío, y al abrir los ojos me encontré solo en la casa y ví que el agua me cubría ya la rodilla. Comprendí que se trataba de una inundación y que las dueñas de la fonda, asustadas por la del día anterior, habían corrido sin acordarse de mí. Me paré y quise salir; me acerqué á la puerta de la calle y al ver el espectáculo que presentaba, me entró el miedo. El agua en la calle corría como un rio; ví unos burros con cántaros de agua, que luchaban ahogándose; el Baratillo era una laguna y al querer salir me sentí arrebatado, por lo que me cogí á la puerta y volví á entrar en la casa. Dentro, el nivel del agua subía; las mesas y bancos flotaban y se chocaban; el agua me subió á la cintura, después al pecho; atravesé la habitación como pude y entré al segundo cuarto, situado á más alto nivel que el primero.

Allí el agua apenas me llegaba á la rodilla, pero esta situación favorable sólo duró un momento. Pronto el agua me llegó otra vez al pe-

cho y entré al tercer cuarto, el último de la casa, donde se oia el horrible estrépito de el rio por una ventana. Pronto el agua cubrió las puertas de la calle; el nivel subió llenando los primeros cuartos; comprendí que me ahogaba. Busqué con desesperación un lugar por donde salir; no lo había; era un cuarto redondo, de techo bajo, y ya el agua me llegaba al cuello. Presa de una angustia espantosa me acerqué á la ventana de que antes hablé; como he dicho, daba al rio, y además tenía fuertes rejas de hierro y sólo en la parte del centro había un agujero circular por donde las dueñas de la casa tiraban los desperdicios.

Allí estaba la salvación..... pero ¡qué salvación! La ventana daba precisamente sobre el río; éste rugía con violencia y la pared perpendicular no tenía una sola arista que me permitiera trepar. Tuve miedo, un miedo horrible de salir por allí, pero el agua, subiendo siempre en el cuarto, casi ya me tapaba. Entonces me resolví á pasar por aquel agujero, pero no pude pues era estrecho. Me quité el saco y escurriéndome como una culebra, con el agua dentro, con el río delante, salí, me agarré por la parte de fuera y con las manos crispadas por la angustia, sentí un vértigo. Me senté en el borde de la ventana [un filo de unos cuantos centímetros] y trabé mi brazo izquierdo fuer-

temente á los hierros, colgando los piés en el vacío. El río, saliendo del arco del puente, formaba un hervidero á mis piés; estaba todo blanco, parecía una sábana de espuma que rugía, que saltaba, que á ratos lamía la ventana y me azotaba las rodillas; el contemplarlo me desvanecía. Entretanto el cuarto se había llenado de agua que salía por la ventana como por una compuerta; el tremendo chorro me azotaba y me empujaba; me eché á la orilla de la ventana é inclinando el cuerpo lo más que pude, bañado por todas partes, apenas podía respirar. No puede usted imaginarse claramente lo horrible de esta situación.

¿Cuánto tiempo estuve así? No lo se á punto fijo, pero creo que tres cuartos de hora. No tengo conciencia clara de lo que sentí en ese tiempo. Quise gritar, pero el ruido de la lluvia y el estrépito formidable de la corriente, apagaron mi voz; mi brazo se cansaba, empecé á sudar frío; me desvanecía. Estaba irremisiblemente perdido. Sin notarlo yo mismo, empecé á llorar.

El río arrastraba toda clase de objetos: vigas, muebles roots; estoy seguro de haber visto una figura humana luchando con el agua, que la sacudía como un juguete. Pasó creca de mí y ví sus ojos desmesuradamente abiertos, sus manos que envano arañaban las piedras de los

muros. Desapareció rápidamente en un arco del puente y yo, aferrándome á las rejas, me encogí lo más que pude.

Cogido maquinalmente á la ventana, y envuelto en agua por todas partes, respirando trabajosamente, casi me abandoné. Luego oí un crugido: era el del techo del cuarto que se iba á desplomar. Comprendí que iba á llegar por fin el momento de caer en el río con todo y pared; iba á morir, iba á ser juguete de las olas como el hombre que acababa de ver.

De pronto, dominando el ruido de las aguas, oí voces, vi en la azotea de una casa próxima, varias cabezas; entendí que me gritaban: *¡ahí va una reata!* En efecto me la arrojaron y me agarré fuertemente á ella, con una mano, mientras con la otra me asía á la ventana. Esperé ancioso á que me subieran, pero no lo hicieron, pués un balcón impedía que yo ascendiera perpendicularmente. Me gritaban que me balanceara tirándome al centro de la corriente para tirar entonces y salvar el obstáculo. Me puse de pié y pretendí hacerlo, pero no podía; el río bramaba horriblemente, las olas saltaban con furia. Por fin, me decidí; me agarré con las dos manos á la cuerda, me balanceé, cerré los ojos y ..... me arrojé.

Creo que aquel fué el momento más grande de angustia que sufrí. Los de arriba dejaron

correr un poco la reata y me hundí en el agua que me arrastró y me cubrió la cara, penetrándome por la boca, los ojos, la nariz; después me sentí en el vacío balanceándome.

Salvé el obstáculo y por fin, en pocos momentos estuve en la azotea, sobre una barda y entre los hombres que me salvaron.

Necesité que pasara algun tiempo para que me diera cuenta de mi estado y para convencerme de que por fin, después de tal cúmulo de angustias, estaba en salvo."

Al terminar el Sr. Jiménez su terrible relato, añadió: "Creo que todo lo malo que haya hecho en este mundo, lo pagué en esos tres cuartos de hora."

Hemos podido comprobar todo lo dicho por el Sr. Jiménez y es rigurosamente exacto.

Sus salvadores fueron el Sr. Lic. Fernando González, otras personas de su familia y según creemos, un mesero del Hotel de la Unión.